

ANTIGUO ADIÓS A LAS ARMAS

Segon classificat

Miguel Ángel Blasco López

Nacido en Zaragoza en 1934. Dr. ingeniero industrial en ejercicio profesional libre. Ha vivido 10 años en Barcelona, 12 en París, 10 en Madrid y el resto en Zaragoza.

En el año 2004 obtuvo el primer premio en el VII Certamen de Poesía de Ibercaja. En el 2005 ganó el primer premio en el V Concurso de Relatos Cortos Leopoldo Alas Clarín. En 2009 consiguió el primer premio en el VIII Premio de Poesía de la A.I.I.M y el primer premio en el VIII Premio de Relatos de la A.I.I.M.

Sallent de Gállego. 23 de Noviembre de 1591

Aunque la luna está oculta tras las nubes, su fulgor impregna el ambiente con una luz difusa que permite vislumbrar el perfil quebrado de las cumbres nevadas. La noche ronronea con el rumor apagado del río Aguaslimpias, que agita sus gélidas aguas cerca de su enlace con el río Gállego. De vez en cuando, surgen del agua desmayados reflejos que corretean sobre ella como mortecinos fuegos fatuos. De pronto, se ha oído el chirrido metálico de una puerta seguido por el rítmico crujido sordo de unos pasos sobre la nieve. Alguien se acerca: unas sombras caminan sigilosamente junto al borde del río. De momento, no podemos saber cuántos son. ¿Pastores? Eso parece, a juzgar por su atuendo. Pero ¿qué pueden hacer en este lugar y a estas horas de la noche? ¿Y por qué caminan tan callados en la oscuridad sin servirse de un candil para iluminar sus pasos?

Por delante de ellos, rizando el camino con superfluas idas y vueltas, se agita la sombra de un perro de gran tamaño, seguramente un mastín del Pirineo. Ha tomado la dirección del centro del poblado, pero es llamado en voz baja por quien parece ser su dueño:

—¡Sultán, por aquí!

Es la voz de un muchacho cargado con una mochila en su espalda. El joven se vuelve hacia la sombra que le sigue:

—¿Va vuestra merced bien, don Antonio?

Por su forma de andar, se adivina que don Antonio no tiene nada de pastor. Tal vez tenga algo más de cincuenta años. Camina encorvado como una mondadura de melocotón, manteniendo a duras penas su equilibrio gracias a un cayado, mientras sostiene con el otro brazo un bulto rectangular que tal vez sea un cartapacio.

—Voy bien, dentro de lo que cabe, mi querido Jerónimo. Hago todo lo posible para no tropezar.

—¿Por qué no me hizo caso vuestra merced cuando le propuse que utilizara un calzado más adecuado para caminar por el monte?

—El que llevo es particularmente adecuado para paliar el dolor que todavía sufro en mis tobillos como secuela de las torturas que me infligieron. Pensé que el camino sería más transitable.

—Debemos tomar muchas precauciones, Señor, y tenemos que seguir un camino poco conocido. Como sabe vuestra merced, se ofrecen seis mil ducados por su captura, y hay trescientos hombres, con Pinilla y Concas a su cabeza, que se acercan en su busca. Esos dos bellacos, que intentan congraciarse con el rey para hacerse perdonar sus delitos de contrabando, han debido de ofrecer a sus espías de esta zona cuantiosas recompensas.

Siguiendo a don Antonio, caminan dos robustos lacayos que no se separan de él, atentos a sostenerle en caso necesario.

Jerónimo, en voz baja, va explicando a don Antonio que, tras recibir el encargo de su común amigo Martín para guiarlo hasta Francia, ha meditado bien acerca del camino a tomar. Conoce perfectamente el terreno gracias a sus partidas de caza en compañía de Martín: sarríos, jabalíes, rebecos, urogallos, lobos e incluso algún oso. Don Martín de Lanuza y Bergua, Señor de Gratal y de Puibolea, pertenece a un prestigioso linaje del valle de Tena. Al principio, utilizaba a Jerónimo —bastante más joven que él— como ayudante, casi como criado suyo. Pero eso cambió el día en que, cuando cazaban por las montañas de Panticosa, Martín estuvo a punto de perder la vida al ser atacado por un oso. Sin más arma que un cuchillo, el muchacho se abalanzó sobre el animal y, a costa de un terrible zarpazo en su costado, logró liberar a su amigo.

Tras cruzar el Gállego por un tosco puente de troncos, la expedición ha tomado un estrecho sendero entre los pinos de la falda norte del monte Pasino. Hubiera resultado más cómodo y rápido seguir el camino directo hacia el Portalet, pero Jerónimo piensa que ese trayecto debe de estar muy vigilado por los cazadores de recompensas.

Llevan cerca de una hora de camino y está nevando con una intensidad que aumenta según van ascendiendo. De pronto, Sultán alza sus orejas y se detiene olfateando el aire.

—¡Quietos! —exclama Jerónimo mientras se arrodilla para observar de cerca las reacciones del perro.

—Lobos —susurra tras unos momentos, mientras uno de los lacayos saca de debajo de su capote un arcabuz, dispuesto a utilizarlo.

—¡Ni se le ocurra! —dice el muchacho—. Un disparo a estas horas se oiría en todo el valle y atraería a espías y caza-recompensas. Bajaremos hacia el río para tomar un sendero que hay cerca de su borde.

El nuevo camino es más pedregoso. Por esta zona hay menos nieve, pero abundan los trechos con placas heladas. Don Antonio parece muy cansado y resbala con frecuencia, por lo que en algunos pasajes los lacayos tienen que llevarlo en volandas o tender sus capotes por el suelo para que camine sobre ellos sin patinar.

Han marchado dos horas más por un nuevo sendero que asciende hacia la raya de la frontera. La capa de nieve es aquí muy espesa. El cielo se está despejando y la visibilidad mejora notablemente, lo que les obliga a extremar las precauciones. Al salir de un recodo, distinguen frente a ellos el rescoldo rojizo de una casi extinta hoguera y las negras siluetas de seis o siete personas con algunos perros.

—¡Lo que me temía! —dice Jerónimo. Allí nos están esperando esos bellacos. Y lo malo es que tendremos que pasar muy cerca de ellos si queremos entrar en Francia.

—¿Qué podemos hacer? —pregunta, alarmado, don Antonio.

—Por fortuna —responde el muchacho— el viento sopla del Norte, por lo que sus perros no detectan nuestra presencia. Lo que tenemos que hacer es quedarnos aquí, evitando cualquier ruido, esperando que dé resultado la estratagema que voy a poner en práctica.

Se agacha junto al perro y susurra unas palabras acompañadas por gestos de su brazo. El perro sale disparado hacia la derecha de la hoguera.

—Jerónimo —dice don Antonio—: en caso de que nos persigan, mis débiles fuerzas me impedirán escapar, pero estoy seguro de que tú sí podrás hacerlo. En tal caso, deberás guardar preciosamente este cartapacio para entregárselo a don Martín. En él se guardan las pruebas de mi inocencia y de la enorme injusticia que se ha cometido conmigo.

—No será necesario, don Antonio. Tranquilícese vuestra merced: Sultán es muy inteligente y va a despejarnos el camino.

Mientras tanto, Sultán ha dado un rodeo para situarse, a prudente distancia, del otro lado de la hoguera y atraer desde allí la atención de los espías. Se oyen ladridos y se perciben sombras que se alejan corriendo. “¡A por ellos! ¡Que no escapen!” han gritado varias personas a la vez.

—¡Ahora! —dice Jerónimo—. Démonos prisa para pasar mientras Sultán los entretiene.

Pero el suelo es muy empinado y resbaladizo, y don Antonio es incapaz de dar dos pasos seguidos sin caerse. Jerónimo extiende su capote sobre el suelo y le pide que se tienda sobre él. Luego, ordena a los lacayos que tiren de los extremos delanteros de este improvisado trineo, mientras él sostiene la parte posterior y, a toda prisa, se deslizan para atravesar el pasaje peligroso. Afortunadamente, algo más allá, el terreno comienza a descender, lo que les permite acelerar su huída hasta perder de vista el fulgor de la hoguera. Jerónimo se dirige a don Antonio:

—Estamos en Francia, Señor. Hay una cabaña de pastores a menos de media hora de aquí, donde nos refugiaremos el resto de la noche y podréis emprender, de madrugada, el camino hacia Pau, donde espero que don Gil de Mesa os haya preparado una buena acogida por parte de la hermana del rey Enrique IV, doña Catalina de Bearn.

Frente a ellos, en medio de un gran claro entre las nubes, se perfila, majestuosa, la sombra bífida del pico Midi d’Ossau. Sin que nadie haya advertido su retorno, Sultán se pasea, dando saltos, junto a su amo.

—¡Bravo Sultán! —dice Jerónimo—, mientras acaricia su lomo.

Zaragoza. 20 de Diciembre de 1591

—*Et hora mortis suscipe...*

Han sido sus últimas palabras, interrumpidas por el seco golpe del hacha, y la rubia cabeza de don Juan de Lanuza ha caído rodando por el entarimado, tiñendo de rojo el negro paño que lo recubre. El cuerpo, vestido de negro por el luto de su padre fallecido tres meses antes, ha quedado sobre el entarimado. El verdugo se ha acercado y ha comenzado a quitarle unas medias de seda, pero un capitán, golpeándolo con un palo, se lo ha impedido ordenándole que no tocase ni un solo hilo. Tres sacerdotes, entre los que se reconoce a don Pedro Leonardo Argensola —hermano de los poetas Lupercio y Bartolomé—, permanecen de rodillas en actitud orante. Luego, se ha formado un cortejo de caballeros que, llevando a hombros el cadáver, ha partido en dirección a la parroquia de San Felipe.

Jerónimo, atónito, ha observado la escena desde una ventana de la parte posterior del palacio de los Lanuza, que da a la plaza del Mercado.

Había llegado la víspera a Zaragoza con objeto de entregar a don Juan un mensaje de Martín, aprovechando el viaje en el carruaje de su tío, Vincencio Blasco de Lanuza, a su vuelta de una reunión de cronistas eclesiásticos en San Juan de La Peña. La ciudad estaba tomada por miles de soldados de las tropas de Felipe II, pero la calidad de clérigo de don Vincencio y su reconocido prestigio, a pesar de su juventud, les había facilitado el paso por los numerosos controles instalados tanto en el acceso a la ciudad como dentro de ella. Ambos fueron recibidos e invitados a alojarse en el palacio por don Pedro de Lanuza, hermano del Justicia, ya que don Juan había sido detenido esa misma mañana.

En la misma sala, atendida por dos doncellas, está la madre del Justicia, doña Catalina de Urrea, que ha caído desmayada ante la atroz escena de la decapitación de su hijo. Del otro lado, con el rostro lívido, se encuentra don Pedro, acompañado por su amante doña Constanza de Ovando, sobrina del poeta y héroe de Lepanto Miguel de Cervantes. Don Vincencio musita unas oraciones en latín.

El muchacho, anonadado por lo que acaba de presenciar, le pregunta:

—¿Cómo es posible que hayan podido hacerle esto a una persona tan íntegra como don Juan, sin ni siquiera un proceso sumarísimo?

Lo que aquí han decapitado —responde el clérigo— son los Fueros de nuestro querido Aragón. También han detenido al conde de Aranda y al duque de Villahermosa. No puedo comprender cómo un rey tan católico y prudente como Felipe ha podido ordenar semejante villanía.

Don Vincencio, con objeto de desviar la conversación de los dolorosos momentos, se dirige a Constanza:

—Si tiene Usted ocasión de hablar con su tío don Miguel de Cervantes, puede decirle que tiene en mi persona un ferviente admirador. Asistí a la representación de sus comedias en Madrid hace algunos años y disfruté particularmente con *El cerco de Numancia* y *La confusa*. También espero poder disfrutar algún día leyendo la segunda parte de *La Galatea* que, si estoy bien informado, no ha sido todavía editada.

—No sé cuándo volveré a ver a mi tío —responde Constanza—, pues ahora anda recaudando impuestos por Andalucía. Don Juan de Lanuza también lo admiraba mucho, todavía más como persona que como poeta. En cuanto a las comedias, tenía especial predilección por *El Trato de Argel*, que le recordaba sus tiempos de cautiverio.

A continuación, Constanza explica que los hermanos Cervantes, Miguel y Rodrigo, eran viejos conocidos de los Lanuza, ya que don Juan, teniendo solamente doce años, había estado cautivo en Argel al mismo tiempo que ellos. Don Juan fue rescatado junto a Rodrigo de Cervantes, que por entonces tenía veintisiete años, y un centenar de cautivos, la mayor parte de ellos aragoneses. Todos ellos regresaron a España en el mismo navío, mientras Miguel, que había generosamente cedido su rescate a su hermano, seguía en el cautiverio que se prolongó tres años más. Durante la travesía hasta Jávea y Valencia, que duró seis días, don Juan preguntó en varias ocasiones a Rodrigo por su hermano Miguel, que había adquirido gran renombre entre los cautivos tras su fracasado intento de fuga. Más tarde, tanto don Juan como don Pedro habían mantenido esporádicos contactos con los hermanos Cervantes, y es así como ella había conocido a don Pedro, hacía ya varios años, aunque su relación personal con él era muy reciente.

Don Pedro ha sido llamado para un asunto urgente y don Vincencio decide que también es hora de retirarse con su sobrino. Tras despedirse, salen en dirección a la catedral del Salvador, donde el clérigo desea recabar unos datos sobre la muerte de Pedro Arbués, asesinado en esa iglesia un siglo antes.

—Dios quiera, mi querido Jerónimo —dice don Vincencio—, que nadie se entere de tu papel en la huída de Antonio Pérez a Francia, pues podría costarte la vida.

—No hice más que seguir las instrucciones de don Martín.

—Martín es un mozo simpático e intrépido, y una noble persona muy leal a la causa de Aragón, a quien conozco muy bien pues fue mi amigo de infancia antes de que me fuera a estudiar teología a Salamanca. Pero no debía haberte mezclado en este asunto que ha llegado demasiado lejos. Eres demasiado joven. ¿Por qué no piensas en estudiar Leyes en Salamanca y prepararte para suceder a tu padre en sus tareas de notario?

—No lo sé, querido tío. Lo único que deseo en este momento es salir de este ambiente de muerte y de violencia, regresar a Sallent, y subir al circo de Piedrafitas para sumergirme en su paisaje y olvidar todo esto.

—Me parece muy bien; pero antes quizá sea conveniente que demos un paseo por el borde del Ebro para charlar durante un rato.

Sallent de Gállego. 5 de Febrero de 1592

Jerónimo ha visto un trapo blanco en lo alto del monte, aguas arriba del Aguaslimpias. Es la señal convenida: Martín lo está esperando.

Al lomo de su caballo y precedido por Sultán, asciende el cauce del río hasta pasar la cascada. El día es espléndido y, salvo en las cumbres y en las zonas umbrías, apenas quedan rastros de nieve. Sultán se desvía a la derecha: allí, tras unos árboles, está Martín. Los dos amigos se abrazan efusivamente.

—He venido para comunicarte una gran noticia —dice Martín—: dentro de unos días, invadiremos el valle de Tena, para reconquistar a continuación el resto del reino y proclamar la República de Aragón.

—Pero ¿te has vuelto loco, Martín? Felipe II es el monarca más poderoso del orbe. ¿Acaso crees que vais a poder derrotarle?

—Contamos con la ayuda de tropas de Enrique IV de Francia, que apoya nuestra empresa. Y también esperamos la adhesión de numerosos aragoneses, entre los que te incluyo, vejados por la injusta y salvaje violación de sus Fueros.

—No te creía tan ingenuo, Martín. Si el rey Enrique os apoya, será con el propósito de distraer parte de las tropas que Felipe II ha enviado junto a la Liga Católica al asedio de París. Pero, en el supuesto de que vuestra empresa triunfase,

¿Acaso crees que el hugonote os iba a regalar el botín? Lo que haría sería incorporar Aragón a su reino, dando comienzo a una serie de guerras en las que España y Francia reivindicarían alternativamente nuestro territorio a costa del sufrimiento y de las vidas de sus habitantes. Eso es algo que ningún aragonés aceptará.

—El rey Felipe ha traicionado a Aragón.

—Según mi tío Vincencio, el rey ha sido mal aconsejado por el conde de Chinchón quien, como sabes, es enemigo acérrimo del duque de Villahermosa. Pero no olvides que, como biznieto de Fernando el Católico, Felipe es el legítimo monarca de Aragón. Estoy seguro de que es un rey prudente y creo que, con el tiempo, las cosas volverán a su cauce.

—Eso no devolverá la vida a mi primo Juan ni levantará de nuevo las casas que me han derribado. En cualquier caso, mi situación es irreversible. El rey me odia y jamás me perdonará por haber propiciado la fuga de Antonio Pérez.

—A quien odia el rey es a su antiguo secretario que, según se dice, dispone de papeles comprometedores acerca de la muerte de Escobedo. En cuanto a ti, tal vez exista un medio de conseguir el perdón real y tu rehabilitación: que seas tú mismo quien le entregue a Antonio Pérez. No comprendo por qué te obstinas tanto en protegerlo.

—Pero, Jerónimo, ¿te das cuenta de lo que me estás proponiendo? ¿Acaso tú, que perteneces a un antiguo linaje de infanzones, ignoras que la palabra de un hidalgo vale más que su propia vida? Yo prometí mi protección a don Antonio, del mismo modo que juré la defensa de Aragón cuando el Justicia me nombró Mariscal de Campo de nuestras tropas en el Pirineo. Y, como hidalgo que soy, cumpliré mi palabra aunque me vaya en ello la vida.

—A lo largo de tu vida, has dado numerosas pruebas de tu hidalguía, y no es a mí a quien tienes que convencer, Martín. Pero también es de hidalgos reconocer los propios errores cometidos de buena fe.

—Entonces, ¿no puedo contar contigo?

—Puedes contar conmigo para todo excepto para lo que me estás pidiendo. Confío en que con ello no me niegues tu amistad.

—Nada podría hacerme renunciar a la amistad de quien me salvó la vida. Lo único que te pido es que guardes el secreto de cuanto he dicho.

—Yo también, mi querido Martín, tengo mi pequeño grado de hidalguía. Sabes muy bien que, aunque no te apoye en tu proyecto, daría mi vida antes que traicionarte.

—Adiós, querido Jerónimo.

—Hasta la vista, amigo. Y que Dios te ampare.

Valle de Tena. 18 de Febrero de 1592

Don Alonso de Vargas, Maestre de Campo de las tropas castellanas, tras recuperar la villa de Biescas, ha logrado acorralar a los bearneses en el estrecho paso de Santa Elena, puerta natural del valle de Tena. Su ejército ha sido reforzado por numerosos aragoneses venidos de Jaca y de Huesca, e incluso por bastantes tensinos que se oponen a la invasión extranjera y hereje. Jerónimo, montado en un corcel y armado con un arcabuz, es de los primeros en cruzar el peligroso paso persiguiendo a los invasores. Forma parte de un grupo de aragoneses que persiguen a otro grupo, algo más reducido, de bearneses. Aunque el día es soleado, el frío es intenso y el viento arrastra partículas de nieve, por lo que casi todos llevan puestos sus pasamontañas por debajo de sus cascos. Los fugitivos han tomado, a su derecha, el camino hacia Hoz de Jaca y Panticosa. Luego, han remontando el curso del Caldarés, para desviarse por un sendero al borde de un abrupto barranco. Jerónimo hace hacia sus compañeros una señal de triunfo. Él sabe que ese sendero desemboca en un cerrado circo entre las montañas, donde no existe ninguna salida.

Apenas una legua más allá, los perseguidos se ven acorralados entre sus perseguidores y las paredes de las montañas, inaccesibles para los caballos. Tras un breve titubeo, abandonan sus monturas y levantan sus brazos en señal de rendición, pero uno de ellos sale corriendo hacia una inclinada ladera para comenzar su escalada.

—¡Dejádmelo a mí! —grita Jerónimo a sus compañeros. Soy buen escalador y conozco estas montañas como la palma de mi mano. Vosotros ocuparos de los otros herejes, y tú, Juan, quédate guardando los caballos. No tardaré en capturar a ese bearnés o en enviarlo al infierno.

Entre tanto, el fugitivo ha cogido bastante ventaja ascendiendo por la ladera del monte. Jerónimo comienza su persecución.

Han alcanzado una pared casi vertical y, aunque Jerónimo es algo más rápido, tiene que protegerse contra las piedras que su enemigo le lanza desde su posición elevada. Afortunadamente, su ancho casco le protege, además de la cabeza, buena parte del cuerpo.

—¡Maldito hereje! —exclama Jerónimo—. No te defiendes mal en estos riscos, pero no escaparás.

La pendiente se hace ahora menos abrupta, hasta llegar a una plataforma, casi horizontal, que atraviesa a la carrera el bearnés para seguir por una estrecha cornisa, tallada en la roca, al borde de una profunda sima. Unos metros más adelante, la cornisa gira, y el fugitivo desaparece tras la roca. Jerónimo se detiene cavilando: si sigue allí parado, el hugonote escapará; pero si continúa, tal vez lo esté esperando, con su arcabuz preparado, tras la esquina. Mientras se entretiene con estos pensamientos, su enemigo aparece frente a él, apuntándole con el arcabuz. Jerónimo apenas tiene tiempo para lanzarse al suelo de la cornisa y evitar ser alcanzado por el disparo. Ahora no tiene que darle tiempo a que recargue su arma, por lo que, levantándose, corre a gran velocidad en dirección al recodo.

—¡Ya eres mío, maldito hugonote! —grita, acercándose al bearnés, que se ha quedado inmóvil, alzando sus brazos y mirándolo de forma extraña.

Pero cuando está a punto de abalanzarse sobre él, Jerónimo resbala sobre una placa helada de la cornisa, y siente llegada su última hora mientras cae rodando por la sima.

Un golpe en la cabeza lo ha dejado medio aturdido y siente gran dolor en una rodilla. Lleva algunos minutos en el fondo, sin atreverse a mirar hacia arriba, donde estará el bearnés apuntándole con su arcabuz. O, simplemente, lo dejará abandonado en ese lugar del que no podrá salir por sus propios medios. Sólo le queda encomendarse a Dios para que lo acoja benévolutamente en el otro mundo.

Entonces oye que, junto a él, alguien lo llama por su nombre:

—¡Jerónimo!

—¡Martín! ¡Eras tú! Tu casco y tu pasamontañas me habían impedido reconocerte. ¡Pensar que hubiéramos podido matarnos el uno al otro!

—Tal vez me hubieras matado tú a mí, pero yo no lo hubiera hecho.

Hacía rato que, por tu forma de escalar, empecé a sospechar que tal vez fueras tú quien me estaba persiguiendo. ¿Acaso crees que hubiera fallado mi disparo a tan corta distancia? Al verte de cerca, tras el disparo, se disiparon mis dudas. Me quedé parado y te llamé por tu nombre mientras corrías hacia mí, pero no debiste de oírme. Pero ahora, lo importante es sacarte de esta sima. Estás sangrando bastante. ¿Puedes levantarte?

Jerónimo lo intenta, pero el dolor de su rodilla le impide dar un solo paso, y vuelve a tenderse sobre el suelo.

—¡Huye, Martín! Ya me las arreglaré como pueda hasta que mis compañeros suban a buscarme.

—¿Tan mal concepto tienes de mí, que me crees capaz de abandonarte en este estado? Sabes muy bien que en este lugar no podrá encontrarte nadie. Pronto anoecerá y, si sigues aquí, serás pasto de los lobos. Te bajaré hasta cerca del camino. ¡Anda! ¡Monta sobre mis hombros!

—No, Martín. Te he dicho que me las arreglaré. Si mis compañeros te descubren, te apresarán y serás condenado a muerte. ¡Huye, por favor!

—En ese caso, me quedaré contigo y los lobos tendrán doble ración. ¡Monta sobre mis hombros!

—Está bien. Pero solamente para salir de esta sima. Luego escaparás hacia Francia, y yo alertaré a mis compañeros con disparos de arcabuz para que puedan encontrarme.

Jerónimo monta sobre los hombros de Martín, que comienza la lenta escalada con su pesada carga. Es una abrupta pendiente, sobre todo en sus metros finales en los que la pared es completamente vertical. Las manos de Martín sangran, cortadas por las aristas de la roca, y su sangre se mezcla con la que pierde Jerónimo por sus heridas. Tras media hora de enormes esfuerzos, alcanzan la cornisa y Martín, exhausto, puede reposar durante unos momentos. Luego, con su amigo a cuestas, sigue por la cornisa hasta llegar a la plataforma horizontal. Ambos se tumban sobre la hierba, medio recubierta de nieve.

—¿Recuerdas, Jerónimo? —dice Martín con la respiración todavía entrecortada—. En este lugar me salvaste la vida, arriesgando la tuya, cuando me libraste del ataque del oso. Allí, oculta tras esas zarzas, se encuentra su guarida. No deja de ser curioso que sea aquí mismo donde te devuelva el favor.

—Lo que nunca olvidaré, Martín, es lo que acabas de hacer por mí. Pero es momento de que huyas. Si te das prisa, podrás pasar la noche en la cabaña que hay cerca de las Argualas. Mañana, pasando por Bachimaña y Mercadau, podrás llegar a Francia y bajar hacia Cauterets. Con esta nieve, el trayecto es duro e imposible para casi todo el mundo, pero sé que tú puedes hacerlo. Allá abajo estoy viendo a mis compañeros que han comenzado a explorar la montaña, sin duda para buscarme. Cuando te hayas ido, dispararé mi arcabuz para indicarles mi posición.

—No es necesario, Jerónimo. Yo mismo lo haré —dice Martín.

Tras disparar su arcabuz y hacer señas con sus brazos para ser visto, vuelve a tumbarse sobre la hierba y continúa diciendo:

—A esta distancia, y a contraluz del sol, no pueden reconocermes y pensarán que eres tú quien les ha hecho las señas.

—Pero, Martín, ¿qué esperas para huir? Mis compañeros llegarán aquí en pocos minutos y, si te encuentran, estás perdido.

—El problema, Jerónimo, es que con la última ascensión me he quedado exhausto y me siento sin fuerzas para dar más de veinte pasos. ¡Déjame disfrutar de la belleza de este paisaje durante mis últimos momentos de vida! Cuando lleguen tus amigos, yo mismo me dispararé con el arcabuz. Prefiero la muerte a la ignominia del suplicio.

El tiempo va pasando y Martín sigue plácidamente tumbado, con el arcabuz preparado. Jerónimo insiste inútilmente:

—¡Huye, Martín! ¡Por el amor de Dios! ¡Apenas queda un minuto!

Se oyen las voces de los rescatadores: “¡Jerónimo! ¡Ya llegamos!”

En ese momento, Jerónimo tiene una idea:

—¡La guarida del oso! Sí; allí puedes ocultarte y pasar la noche al abrigo, para emprender el camino mañana hacia Cauterets. ¡Rápido! ¡La guarida del oso!

Esta vez, Martín le hace caso. A buen paso, se dirige hacia la guarida y desaparece tras las zarzas momentos antes de que, por el terraplén, se asomen las cabezas de los compañeros de Jerónimo:

—Temíamos que te hubiera matado el hereje. ¿Qué ha sido de él?

—Ese maldito hereje se pudre en el infierno. Lo alcancé con mi disparo y cayó por un precipicio. Luego, resbalé y me lastimé la pierna, por lo que me era imposible regresar.

Han logrado bajarlo hasta el sendero, y Jerónimo se siente capaz de montar sobre su caballo para regresar a su casa de Sallent. Sus amigos se quedan en un campamento instalado allí cerca para vigilar a los prisioneros. Jerónimo se despide de ellos e inicia el retorno.

Pasado el primer recodo, recordando a su amigo, alza la vista hacia la montaña donde lo ha dejado, y divisa, a contraluz, la silueta de Martín, que se despide desde lo alto con amplios movimientos de sus brazos. El Sol se está ocultando tras su cima, tiñendo con tonos rojizos el ambiente de despedida. Mientras Jerónimo devuelve el saludo, presiente que nunca más volverá a ver a su amigo. Con la vista nublada por la humedad en sus ojos, se sorprende al descubrir que es capaz de emocionarse.

Cabizbajo, prosigue lentamente su camino hasta llegar al puente, junto al desvío de Panticosa. El Gállego se desliza, veinte metros abajo, por un estrecho tajo entre paredes verticales. Desmonta de su caballo y se asoma al precipicio. Tendido en su fondo, yace el cadáver de un caballero. ¿Hereje o católico? ¿Bearnés, castellano o aragonés? ¿Acaso eso importa?: una vida menos y una viuda más; quizá varios huérfanos. Sufrimiento inútil por la locura y la ambición de unos pocos.

Jerónimo toma su arcabuz y lo arroja al fondo del precipicio. Ha decidido que el próximo año partirá para estudiar Leyes en Salamanca.

—Nunca más —se promete a sí mismo—; nunca más empuñaré un arma contra un semejante.